

pectiva narrativa es originalísima y prácticamente inédita. Bécquer la había ensayado parcialmente en «Las tres fechas» –que no por casualidad también se ubica en Toledo–, pero al ceñirse a un único escenario el texto resulta una mera yuxtaposición de vidas arrojando tan sólo un cuadro inerte. En Galdós no. En Galdós, y siguiendo el camino de la novela moderna, el espacio ya no es el escenario o, por decirlo en términos teatrales, el decorado ante el que transcurre la narración. El escenario –lugares, objetos, elementos de una situación, localizaciones de acontecimientos, incluso luces y colores– forma ya parte intrínseca de ese modo moderno de expresión que es el relato de la percepción de la realidad. El escenario se ha vuelto dinámico, participa activamente en la creación de personajes y mentalidades, participa del paso del tiempo y del sentido del espacio. Esto no es nuevo pero sí lo es el protagonismo adquirido, sobre todo a partir del momento en que la narración asume el ámbito interior del yo. El mejor ejemplo lo vemos en la catedral toledana, donde el lector, a partir de esta mutación encadenada del espacio, tiene literalmente la impresión de estar viendo construirse el edificio. La sensación de movimiento y cambio, de trayecto temporal, es muy intensa:

Cada piedra de las que componen el zócalo es un plinto en que descansa una estatua; cada estatua engendra un manchón; cada dos manchones, una ojiva; cada ojiva, un par de enjutas llenas de filigranas; sobre la cabeza de cada santo se eleva un doselete que es otra miniatura y que contiene en pequeño todo un sistema arquitectónico; de cada doselete parte una aguja, y por toda la parte superior descuella, semejante a las picas de un ejército, la serie inacabable de puntas y minaretas en que van a resolverse todas las formas del edificio.

Y es que, como escribió Joseph Brodsky de y desde Venecia, el tiempo no conoce la distancia. Y la Historia –el tiempo pasado– no conoce las fronteras ni las demarcaciones geográficas: es una perturbación errática e impredecible cuyo epicentro cambia continuamente de un lugar a otro en función de donde se produzcan las condiciones favorables para su estallido. De ahí que sea frecuente ver a los Ulises en traslación, asomándose desde un espacio a distintos tiempos o edades de la historia del hombre, y no sólo en ciudades como Venecia, Toledo o Brujas, en las que el

inmovilismo arquitectónico y la pureza en que se habían mantenido los antiguos trazos hace que la evocación del pasado surja de forma espontánea e impremeditada, ni tampoco sólo en aquellos otros parajes donde lo remoto y recóndito del lugar tiene su exacta réplica en la lejanía temporal, según vemos en algunos de los ejemplos que siguen: en 1859, una excursión a la Mancha para ver un viejo castillo de la emperatriz Eugenia de Montijo situado a dos o tres leguas de El Toboso, le produce a Mérimée la impresión de haber pasado cuatro días en plena Edad Media; al Somerset Maugham que deambula por las calles de una ciudad china en 1919 le es relativamente fácil imaginar «cómo podía ser una calleja en la Inglaterra medieval, cuando en cada ciudad se fabricaba todo lo necesario»; y todavía muchos años después, Antonio Colinas, en el Xi'an de 2002, al cruzar bajo el arco por el que se accede al barrio musulmán, siente que está recuperando el tiempo de otra época. En Tanzania, Javier Reverte tiene la impresión de que nada parecía haber cambiado desde hacía siglos, «como si una mano invisible me hubiera lanzado, sin yo sentirlo, unos cuantos cientos de años atrás, para dejarme ver una pintura viva del pasado»: los faluchos y sus marineros descargando la pesca, las mujeres acucilladas en la playa limpiando las tripas de los peces, grupos de niños revoloteando, los comerciantes organizando la subasta, los compradores pagando con grandes fajos de billetes, un aroma de sargazos y el olor a fritanga esparciéndose por la primitiva lonja, y una sombra: «todavía me gusta imaginar que aquel día, junto a la rada de Dar es Salaam, atravesé las paredes vaporosas del tiempo y vi pasar frente a mí a Simbad el Marino». Y para un poeta gaditano «más o menos adscrito a los remanentes de fascinación del mundo árabe» como lo es Caballero Bonald, llegar a la orilla mediterránea de África –Túnez, Tánger, Tetuán, Fez, Casablanca o Argel– también tiene algo de excursión al pasado porque había crecido «paseando por callejas donde estuvieron los árabes más tiempo del que hace que los echaron, oyendo a gentes que hablan como si recitaran en aljamía, asimilando de algún tangencial modo los brevariarios culturales de beréberes, sirios y persas», dado que no todo había sucumbido bajo tantas fanáticas depredaciones. El viaje danubiano de Magris lleva adherido un tiempo anterior, el del periplo empren-

dido por los colonos alemanes que iban a poblar el Banato, los *Donauschwaben* o los suevos del Danubio que durante dos siglos «imprimieron un sello fundamental a la civilización danubiana, hoy inexistente».

Lógicamente, esos saltos al pasado suelen manifestarse como un viaje en la Historia, como los que Realiza Cees Nooteboom en su *Desvío a Santiago*, cuando al viaje físico o real que hace en su coche se le sobrepone otro peregrinaje en forma de meditación o cavilación que se realiza a través del pasado, avivado por las huellas que va encontrando en las fortalezas, castillos o monasterios, y en los documentos, relatos y leyendas que aquellos contienen. Pero si en este caso la experiencia de vivir el Tiempo en forma de Historia le resulta grata –o al menos gratificante–, en otras ocasiones tal confrontación le desasosiega y le produce un enorme cansancio, como le ocurre en el Museo de Antropología de México, cuando constata que «entre mi persona de ahora y el hombre de entonces existe una distancia imposible de salvar; la distancia del significado [...], el abismo de lo mutable expresado en el material menos mutable. Aquello que estaba destinado a ser eterno ha sido desenmascarado como una manifestación de lo temporal sometida a la coyuntura de la ideología dominante. Porque en ello reside la paradoja: lo que la piedra conserva es justamente lo que no se ha conservado, las creencias».

En ocasiones, esos otros tiempos del pasado o de la Historia reviven en sorprendente desorden. Entre la tribu de los nambiquara, Claude Lévi-Strauss cree vivir en plena Edad de Piedra; y al poco, con los tupí-kawaíb, no fue el siglo XV lo que vio, sino el XVIII, «tal como puede uno imaginárselo en los puertecitos de las Antillas o sobre la costa. Yo había atravesado un continente. Pero el término de mi viaje, tan próximo, se me hacía en primer lugar más patente por esta ascensión desde el fondo de los tiempos». Trastueques o vaivenes temporales que al viajar pueden suceder incluso en espacios anodinos como la autopista París–Marsella, donde Julio Cortázar y Carole Dunlop, nos hablan también de ese otro tiempo que sobreviene: «Cosmonautas de la autopista, a la manera de los viajeros interplanetarios que observan de lejos el rápido envejecimiento de aquellos que siguen sometidos a las leyes del tiempo terrestre, ¿qué vamos a descubrir